



# SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 12.

JUEVES 29 DE MAYO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

EL DANTE Y BEATRIZ ó el ángel de las tres noches.—CASTIGOS SIN CULPA, por José Castreño. (Conclusion).—LA NIÑA PERDIDA, por Hollingshead (del inglés).—GLORIAS ESPAÑOLAS: La batalla de Otumba.—EL GUSANO DE LAS HOJAS.—EL DIAMANTE.—NOTICIAS Y CURIOSIDADES: Los libros de Hachette.—La expedición al Pacífico.—Los papeles en China.—El Jardín Botánico.—REFRANES HIGIÉNICOS.—ANÉCDOTAS.—Explicación del ajedrez poético del número anterior.

### EL DANTE Y BEATRIZ.

ó EL ANGEL DE LAS TRES NOCHES.

«En medio de una nube de flores donde los ángeles distribuían los aires, apareció una beldad con un velo blanco, una corona de olivo en las sienes, un chal verde y un vestido de color de fuego...—«Miradme, Dante, ¿me conocéis? Soy Beatriz.»

DANTE: Purgatorio, XXX.

Entre los nombres que representan en su mas sublime desarrollo el vuelo del pensamiento humano se conservará siempre el de Dante, de la familia de los Elisei-Alighieri.

Ciertas épocas de la vida de los grandes hombres han permanecido rodeadas con misterioso velo que la posteridad, incitada por el poderoso atractivo de una curiosidad legitima ha querido levantar para descubrir lo que generalmente no tenia ninguna relacion con el genio, objeto de sus constantes y nobles preocupaciones.

Nunca cesaremos de preguntar y de investigar cuál fue la cuna de Homero, en qué ciudad feliz vió la luz aquel tan inmortal como famoso ciego. ¿Es verdaderamente Sócrates, con su carácter familiar el que aparece en las obras del divino Platon?—El sepulcro de rojos ladrillos, al cual da sombra una especie de laurel silvestre y cuyas ruinas están suspendidas sobre la gruta de Pausilipo, ¿es realmente la tumba de Virgilio?—Beatriz, ese nombre

que brilla como una estrella rutilante en los dos últimos cantos de la *Divina Comedia*, ¿es el nombre de un ser cuyas plantas tocaron real y positivamente la tierra y que tomó parte en la vida del Dante, ó Beatriz no es mas que una sencilla ficción que representa alternativamente la filosofía religiosa y la poesía divina? Algunos han creído deber aceptar esta última opinion, toda vez que no han estado acordes sobre la denominacion que deberia dársele, de teología ó de poesía, ó bien de matemática celeste. La generalidad ha visto en Beatriz la trasfiguración de una noble y pura joven de la familia de los Portinari, á la cual Dante habria consagrado toda la admiración de su alma de poeta, y un afecto dulce y sencillo casi paternal.

Cuando el nombre de Dante viene á sorprender nuestra imaginación, nos figuramos verle aparecer con su larga túnica, y el semblante pálido, melancólico y sombrío bajo su caperuza encarnada, como si viniera del infierno. Olvidamos que Alighieri tuvo sus bellos días de infancia, en los cuales la musa de la poesía murmuraba ya á su oído misteriosas sílabas, vago preludio de los cantos que debían hacerse oír mas tarde en toda Europa: ¿no preguntamos cuál habia sido la juventud de ese anciano gibelino llamado Dante, por qué impresiones habria pasado, que le hiciesen luego revestir de esa sombría y severa magestad que gravita en su obra gigantesca, el *Infierno*, el *Purgatorio*, el *Paraiso*?

Beatriz y la juventud del Dante nos recuerdan una antigua crónica que describe una aparición luminosa que tuvo el poeta en tres noches, distantes unas de otras por el trascurso de muchos años.

Hé aquí tan poética como fantástica narración:

I.

NOCHE PRIMERA.—128...

Detrás de la iglesia de San Estéban en Florencia, levantábase en el año de 1280 un vas-

to circuito de mur s almenados que describían un recinto muy irregular. Sobre la línea desigual de esta muralla se elevaban grandes y magestuosas masas de follaje, entre el cual se divisaba la parte superior de la casa Elisei. Como todas las casas y palacios algun tanto importantes de Florencia en aquella época, la casa Elisei era de sombrío y severo aspecto, contrastando estrañamente con el risueño verdor que sepultaba en parte su grave semblante. Las luchas de los partidos, las del pueblo con la nobleza, las de familia á familia, de palacio á palacio, de casa á casa, que llenaron la historia de la Toscana durante tantos siglos, habian necesitado mil medios de defensa, medios que aparecían desde luego en el exterior de todos los edificios contruidos de granito, de un color mas bien que ceniciento casi verdoso, con grandes argollas, barras y linternas de hierro aseguradas en sus muros. La viña que rodeaba la casa Elisei se hallaba embellecida por el eterno verdor de los cedros, de los pinos marítimos, de los limoneros y de los alerces. En el sitio mas misterioso de este jardín se conservaba religiosamente un pequeño muro en ruinas, tapizado de hiedra, restos de una capilla muy venerada en épocas anteriores, dedicada á la Virgen y conocida por el nombre de *Nido de la Paloma*. Una leyenda muy vaga, ó por mejor decir, muy oscura, hablaba de una aparición de la Virgen en aquel mismo sitio.

Un joven de quince años, en cuya fisonomía reinaba una gravedad dulce y reflexiva, estaba delante de las humildes ruinas, con la barba apoyada en una mano, fijando los ojos en una capilla colocada á la altura de un hombre y que al parecer habia sido recientemente vaciada en la parte mas sólida del muro. Un martillo, una maceta y un escoplo que se veían á sus pies, indicaban que á su trabajo particular se debia aquel pequeño altar construido acertadamente entre la hiedra y el líquen. Debajo habia sido colocada una hermosa planta de lirios cuyas flores estaban aun en capullo si bien la primera aurora debia entreabrir sus brillan-



tes corolas vertiendo en ellas las mas frescas perlas del rocío. La capilla habia sido adornada con dos órdenes de columnitas góticas, que sostenian un arco compuesto con esa fantástica hojarasca que la arquitectura llama follaje. Un revoco al temple, de color muy suave, hacia resaltar las columnas y el zócalo, al paso que el fondo estaba pintado de azul oscuro, con abundantes estrellas de oro.

—Sí, exclamó el joven arrollando entre los dedos su pequeña gorra de terciopelo, adornada con una finísima pluma roja; sí, ahora ya puedo instalar aquí la *Madonna col Bambino*, la Virgen y su dulce Jesús... ¡Oh, bella Virgen mía! yo he formado su cándido rostro y sus hermosas manos con cera de la mas pura; su vestido es del mas rico brocado azul con estrellas de plata; su collar, sus pendientes, su doble corona, y en fin, todas sus alhajas, son del mas precioso oro; pero es preciso ponerle una cabellera que parezca un vellon tambien de oro, como las que tienen las madonas de Bizancio, ó cubrir su frente con largos y ondulantes cabellos, como ostentan en sus altares nuestras Madres Santas de Florencia. ¡Ah! ¡quiero ponerle hermosos cabellos de seda blanca, ó mas bien hermosos cabellos rubios!...

—Como los míos, añadió detrás del joven Dante una niña con ese timbre de voz llamado argentino, voz que sirve á los poetas para representar la gracia de la mas fresca garganta, abusando graciosamente lo mismo en prosa que en verso.

—¡Ah! eres tú, bella Beatriz, dijo Dante volviendo sus miradas medio risueñas, medio serias, hacia una preciosa niña de diez años, de brillantes y alegres ojos azules.

—Sí, soy yo, Dante, y si quieres mis cabellos para tu bella Virgen de cera, te doy estos dos rizados...

—Sí, sí, Beatriz, acepto tus dos hermosos rizados.

—Dime, interrumpió Beatriz, ¿es bien cierto que eres tú el que has hecho esa Virgen de cera, tan bella?...

—Y que debo poner en este altar... Sí, amiguita, yo...

—¡Es posible!

—¡Como que he observado cuidadosamente la manera de hacerlas en el taller donde trabajaban Giovanni y sus discípulos!... He probado de hacer lo que ellos, y... Pero aprisa, ven conmigo, Beatriz; sí, solo dos rizados de tus cabellos rubios son suficientes para esta cabellera con la que coronaré la frente de nuestra *Virgen de la Paloma*.

En esa época, la escultura y la pintura sobresalían en Florencia, y el sentimiento de lo verdadero y de lo bello dominaba ya en el joven Alighieri, que, impaciente por dar una forma á su idea, se habia ensayado en la ciencia de la estatuaria. Su familia, de carácter aristocrático y orgulloso, lejos de favorecer esa afición, se complacía en burlarse de ella y desanimarlo, diciéndole entre otras chanzas:

«Dante, señorito de Alighieri, ¿cuándo vendereis á las gentes de Florencia, bajo la bóveda del Puente-Viejo, vuestras figuritas representando San Juan con cabellos de cáñamo y cruces de mimbre, y vuestras vírgenes de cera con su vestido de papel azul?...

Dante oía tan mordaces palabras, pero verdaderamente sin hacer caso de ellas. Sin embargo, no estaba llamado á consagrar su vida á la escultura; el genio moraba en él, pero debia dirigir su vuelo hacia otra región del pensamiento y del arte: no debia dar pensamiento á las formas, pero sí revestir de formas soberbias la poderosa idea de la *Divina Comedia*.

Algunas horas despues de la amable proposición que acababa de hacerle la joven Beatriz, proposición que admitió con alegre diligencia, el joven artista, aplaudido esta vez por su familia, instalaba en el altar del nido de la paloma su *Virgen con el Niño* deslumbrando con las riquezas de su traje: túnica azul, velo sembrado de estrellas, corona de oro, flores y collar. La frente de cera de la graciosa Virgen, delicadamente sonrosada, lucia por comple-

mento de su adorno larga y rubia cabellera, formada con dos rizados de la joven vecina de Dante, la dulce Beatriz Portinari.

La noche que siguió á ese día fue para el joven Alighieri sellada por cierta tranquilidad religiosa que le rodeó hasta en su sueño.

Suñó:

Que se le aparecía un ángel, cuyos pies se perdían entre los pliegues vaporosos de una larga túnica mas blanca que la misma nieve: ese ángel, con dulce mirada y con cabellos como un serafín, tenia pendiente de una mano y medio caída hacia los lados una guirnalda de pálidas rosas y con la otra estrechaba contra su pecho una rama de lirios que entreabrían sus inmaculadas flores. En la frente del ángel, en un ligero lazo, serpenteaba una cinta celeste, en la cual se leían en letras de oro esas tres palabras: *Beate, Beatrice, Beatus*.

«¿Quién eres?» preguntó el espíritu de Dante al ángel en su sueño.

Y el ángel respondió:

«¡Soy Beatriz, el espíritu de la poesía!»

Al día siguiente, sentado á la sombra de la viña Elisei, delante de su Virgen del nido de la paloma, Dante componía una preciosa poesía en que describía las bellezas de aquella hermosa Virgen, adornada con los cabellos de Beatriz.

(La conclusion en el próximo número.)

## CASTIGOS SIN CULPA.

(CONCLUSION.)

### XII.

La vida es un drama (ó una comedia) que se compone por lo general de pocas escenas.

Por lo menos las interesantes que constituyen el verdadero argumento.

Muchos han comparado la existencia con el agua.

Pues bien, pasemos por alto si las aguas son mas ó menos claras, mas ó menos corrientes, mas ó menos potables, etc.; cada vez que la casualidad ó la mano del hombre arroja en ellas una piedra, se produce una primera onda, á continuación otra segunda, otra tercera, etc., hasta que se estingue aquella serie de ondas resultado de la caída de la piedra.

Con respecto á la diferencia en magnitud, intensidad, orden en que se suceden y acaban, podrían sacarse muchas deducciones.

Pero por esta vez no nos ocuparemos de ondas.

En la existencia, á cada golpe se produce una impresión que va marcando sus huellas.

La memoria ocupa los vacíos de la vida por medio de esas huellas.

Blanca vivía con los recuerdos de lo pasado.

Habia dicho á su amante «esperaré» y esperaba.

Por lo demás, sus días se deslizaban como antes, al lado del buen pastor, en completa tranquilidad.

Solo dos veces tuvieron noticias de Federico durante este interregno, si así podemos llamarle.

Por la primera, se sabía que estaba bastante triste.

Por la segunda, que mas animoso confiaba volver á su pueblo natal y á la felicidad que habia creído perder para siempre, no muy tarde ya, quizás bien pronto.

Sin duda, por ley de compensaciones, en cambio de la primera, la segunda y última era bastante satisfactoria.

### XIII.

Esta buena nueva habia logrado animar en la joven, no la esperanza ni los afectos, que encerrados en su corazón como rico tesoro, brillaban no menos por hallarse ocultos, y no llegaron á desmayar nunca; si no ese fervor material, esa actividad exterior que parecen un tanto apagados, hasta que venimos mas próximo el logro de nuestros deseos.

Por este motivo, tal vez, no se contentaba ya Blanca con llegar todos los días hasta el punto desde donde perdió de vista á Federico y mirar con inefable expresión de placer y dolor á un tiempo, la eminencia de aquella pequeña colina que formaba para ella como un telón dispuesto á ocultarle lo que recorria su imaginación, sino que avanzaba mas de lo que sus fuerzas pudieran permitirle, como si andando ella parte del camino que habia de traer su amado se acortase la distancia y le fuera á este fácil llegar con mas presteza.

Por eso tambien, á pesar de haber trascurrido tres meses escasos desde la feliz noticia, le parecia el tiempo mas largo que nunca; calculaba espacio mas que suficiente para la realización del aviso y hasta concluía en algunos momentos por impacientarse de aquella injusta demora.

Hallábase un día dominada la joven por estas ideas, en ocasión que el ministro del Evangelio suministraba ausente los consuelos de la religión á un enfermo de gravedad. Quería desechárselas de sí y luchaba en vano, cuando de repente vinieron á sacarle de su meditación las confusas voces y repetidos golpes que daban á la puerta.

—¡Ya están ahí, ya están ahí! gritaron en tropel varias muchachas, apenas abrió.

—¿Pero quién, decid? interrogó Blanca á duras penas.

—¡Toma, los valientes soldados!—¡Vamos allá, vamos allá!

Dicho esto echaron á correr las muchachas como habian venido, gritando y batiendo las palmas con grandes muestras de alegría.

En otra ocasión, quizás Blanca habria dudado; pero al oír bajo el influjo de aquellos pensamientos semejante cosa, vuelta en sí por la pasión del estupor y desfallecimiento causados por aquellas brutales mensajeras, no fue dueña mas que de obedecer maquinalmente el impulso que la arrastraba, y seguirlas.

Todo el pueblo estaba en movimiento con la noticia; pero la joven no hace caso de nada de lo que pasa á su alrededor.

Anda sin hablar, sin saber por donde; llega casi sin aliento á una plazoleta en la que se agrupan y aprietan toda clase de gentes; empuja, se abre paso al través de aquella apiñada multitud, y ve por fin á Estéban quien al verla á su vez palida y trémula fijar los ojos en todas direcciones con horrible ansiedad, sopla, se muerde las uñas, no sabe que hacer, y concluye despues de meter y sacar la mano en el bolsillo por enseñar una carta que alarga y retiene sucesivamente.

Pero Blanca, con la celeridad del rayo se la arrebató en un instante, en un instante devora aquella lectura y arrojando un ¡ay! desgarrador, cae sin sentido en brazos del pobre anciano, que sabedor de lo que se decia, habia apresurado el paso cuanto le fue posible para ver á su Federico; y que creyendo llegar á tiempo de impedir una terrible sorpresa á Blanca, solo llegó á tiempo de impedir que esta se lastimase el cuerpo, tal vez mucho menos de lo que se habia lastimado el alma.

### XIV.

Volvamos atrás para enterarnos de lo que ha sucedido.

Federico y Estéban, instruidos en breve tiempo en el manejo de las armas, pasaron en seguida á uno de los cuerpos que formaban la vanguardia del ejército.

Ambos se hallaban en una misma compañía.

Ambos eran buenos camaradas, si bien al pronto alcanzaba Federico pocas simpatías por su carácter melancólico.

Por lo demás el anciano respetable, no se habia equivocado; su joven amigo, cumplía fielmente con el deber.

Estéban, por su parte, trataba de cumplir su promesa, para lo cual no perdía ocasión ni temeridad alguna.

En una acción bastante reñida, este, guiado por su ciego arrojo avanzó imprudentemente hacia el enemigo, logrando llegar hasta el al-



férez austriaco que conducía una bandera. Ya el alférez estaba en tierra y se preparaba á arrancarle el premio de su afán, cuando un tanto repuestos los soldados mas próximos cerraron contra él de manera que iba á ser perdido; pero Federico se lanza, acomete con ardor y salva á su compañero.

No se alcanzó la bandera, pero se intruyó un momentáneo desorden en las filas enemigas que favoreció al ejército prusiano.

Los buenos servicios no podían quedar sin recompensa.

Los dos jóvenes comparecieron ante el rey, quien les preguntó qué deseaban.

—Yo deseo ascender, señor, respondió Estéban.

—Señor, yo deseo mi licencia, contestó Federico.

—Serás sargento, repuso el rey dirigiéndose al primero.

—La tendrás en concluyéndose la campaña, continuó dirigiéndose al segundo.

Federico escribió al pueblo esta aventura con cuyo motivo parecía la dicha ya cercana, y tanto en unos como en otros, el ánimo cobró nuevos bríos, mayores impulsos la esperanza.

## XV.

La campaña iba á ser terminada por fin. Mas como quiera que lo que el hombre se propone suele salir al revés, resultaban interpretadas en sentido inverso las intenciones de ambos soldados.

Siendo Estéban el que no pensaba volver á su país en algún tiempo, iba á marchar antes que Federico.

En una ligera escaramuza debió el favor de perder una mano al golpe del hermoso sable de un dragon austriaco.

Federico no tardaría seguramente en seguirle, pero Estéban partía á la mañana siguiente y su presencia en el pueblo sería causa de recuerdos y temores.

Por otra parte, acaso no se diera crédito á sus palabras; tal vez el anciano y sobre todo Blanca, llegaran á figurarse le había acontecido algun infortunio.

Hacíase, pues, forzoso escribir; de este modo Estéban desvanecería con facilidad, presentando su carta, el menor recelo é incertidumbre.

Era media noche; ningún fuego alumbraba el campamento; el rey pensaba efectuar un movimiento sin que se apercibiesen los austriacos y había prohibido el fuego y la luz.

Federico que lejos de dormir profundamente como los compañeros que se hallaban en la misma tienda, velaba mas que nunca, enciende con gran precaucion una linterna y cubriéndola con su capote, da principio á la carta que ha de llevar á su amada la tranquilidad y la fé de su próxima dicha.

El gran Federico tenia especial gusto en inspeccionarlo todo por sí mismo.

Rondaba segun costumbre al frente de una patrulla, cuando al pararse un momento para tomar direccion, distingue en medio de la oscuridad un débil rayo de luz que filtraba de una tienda á través de una de sus junturas.

Encolerizado al ver aquella espantosa é inconcebible infraccion de la disciplina, se acerca con sigilo, entra de repente y sorprende al joven cuando tocaba casi al término de la carta.

—¿Qué haces ahí, desgraciado? le pregunta en voz baja pero terrible.

—Señor, estoy escribiendo á mi prometida, contesta Federico.

—Pues bien, escríbele que mañana habrás dejado de existir.

Dicho esto le volvió la espalda y salió de la tienda para continuar la ronda que por fin aquella noche prometia no ser infructuosa. A la mañana siguiente apenas comenzada la marcha, apresuraba Estéban instintivamente el paso al oír á su espalda una pequeña descarga.

Poco antes de llegar al pueblo fue reconocido por un leñador, el que corrió á llevar la noticia á sus paisanos.

Esta corrió de boca en boca en breves minutos, pero como sucede las mas de las veces con

las noticias; corregida y aumentada á gusto de los propagadores.

Aparte de todo los dos jóvenes habian partido juntos y era muy natural ó por mejor decir, era preciso para aquellas gentes que volviesen juntos tambien.

Por lo demás, si el bravo sargento, portador de la solemne despedida de Federico, volvía con un miembro mutilado, se encontró que en cambio su novia habia mutilado su corazón y se habia casado con otro.

## XVI.

El buen pastor cuya salud débil y quebrantada por los años se resentía sobre todo por los últimos golpes, ya no hablaba á los aldeanos que se reunían en la iglesia para oírle explicar la palabra divina, de los textos bíblicos que acostumbraaba otras veces.

Les hablaba de Herodes.

«Pero Herodes, decía, ha legado una generacion á las presentes generaciones que le aventaja y sobrepuja en horror y crueldad.

«Sí, existen por desgracia hijos suyos mas bárbaros todavía.

«Herodes que no se contentan con una degollacion, ni con dos, ni con tres; sino que todos los años cuando viene la primavera de la tierra se complacen en hacer de muerte la primavera de la vida: todos los años arrancan sin piedad la juventud de sus hogares, para formar de ella un manso rebaño que incline dócilmente la cabeza al cuchillo.

«¡Oh! cantad grandiosos *Te Deum*, erigid estatuas y arcos triunfales á los descendientes de Nemrod, á los hijos de Herodes, á los victoriosos conquistadores; ese es el premio de los cadáveres que hacían, de los ríos de sangre que hacen correr, de los corazones que destrozan indiferentemente, del llanto continuo que causan y que les causa risa; ese es el merecido galardón de su obra, de todos los dolores de la humanidad.»

## XVII.

¿Y Blanca?

Blanca pasaba el día en contemplar las flores de la tierra y la noche en contemplar las flores del cielo.

Su cuerpo vagaba á merced de su alma. Las ligeras brumas del horizonte, el pálido fulgor de esas estrellas que miran tan tristes el mundo, los ecos del ave fugitiva, la rama del árbol que se inclina dulcemente á impulsos del aire, el arroyo que escapa de los guijarros para buscar el verde lecho, las imperceptibles sombras del crepúsculo eran los depositarios de sus secretos, los tiernos emisarios de sus aspiraciones.

De cuando en cuando sus labios se entreabrían como los pétalos de una pequeña rosa que regalan al céfiro un misterioso perfume, para regalar á espíritus invisibles el alito de su vida.

Algunas veces se dirigía á la tierra y murmuraba:

«Como el manzano entre árboles silvestres y estériles, así es mi amado entre los hijos de los hombres.

«Rodeadme de flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.

«Yo soy toda de mi amado y mi amado es todo mio...

«El pondrá su izquierda bajo mi cabeza y con la derecha me abrazará.

«Paréceme que oigo la voz de mi amado.

«Vedle cómo viene saltando por los montes y brincando por los collados.»

Y su voz era mas suave que el blando susurro de la brisa, mas armoniosa que el gorjeo de los pájaros á la venida de la aurora, al suspirar tristemente el delicioso celestial epitalmio, *Cantar de los Cantares* que cantan, pero con alegría, los ángeles cuando logran unirse dos almas puras.

Las gentes del pueblo se compadecieron en un principio de aquella desgracia y hablaron bastantes días de lo malo que es tener mala suerte,

Después, cuando Blanca pasaba cerca de ellas le señalaban y decían con indiferencia:—Ahí va la loca.

Para aquellas honradas gentes, lo mismo que para otras muchas, el amor que no sigue las vicisitudes de la existencia, se modifica con ellas, se apaga y se enciende á placer y á conveniencia, es una locura.

Efectivamente Blanca habia perdido el juicio como todos los que aman por amar, en la tierra.

## CONCLUSION.

Imaginaos al respetable anciano en su lecho de dolor, conociendo que se acerca su fin y dudando á pesar suyo en medio de crueles tormentos hasta de la Providencia, al considerar que deja á Blanca sola abandonada y en tan triste estado, al ver cual es la recompensa de las intenciones mas puras, de las vidas mas inocentes, de las almas mas angelicales.

A Blanca que solo atiende á lo íntimo de un pensamiento que recorre el espacio como vago fantasma.

Imaginaos tambien que la puerta de la pequeña alcoba, débilmente alumbrada, se abre de improviso y que la persona que entra es Federico, sí, Federico mas pálido que en otro tiempo pero con la misma serenidad en la frente, con igual dulzura en la mirada.

Pasados los primeros arrebatos de la efusion, tan natural como apasionada, Federico explica su resurreccion satisfactoriamente refiriendo cómo debe la vida al sentimiento de los camaradas dispuestos á fusilarle que no apuntaron bien y á la indulgencia del gran Federico que dió por satisfecha con este simulacro la vindicta militar.

Ahora bien; ¿no es un bello cuadro este en el que Federico alcanza lo que tanto anheló en el que Blanca merecía á una impresion tan fuerte vuelve á la razon y con ella á la felicidad; y en el que nuestro buen pastor, sin duda por haber dudado no le es permitido como á Moisés mas que mirar de lejos la tierra prometida, pero que es bastante dichoso aun, pues alcanza antes de morir hechar la bendicion á sus hijos?

Hermoso cuadro seguramente, sobre todo porque tiene la virtud de hacer que todo concluya bien.

Por esta misma razon me he contentado solo con bosquejarle.

Porque prescindiendo de que los soldados que van á fusilar á un compañero tienen obligacion de dirigir la bala á paraje seguro, y de que no es fácil que se cure la demencia (á no ir á Bedlam) en un sitio donde no existe ni siquiera el proyecto de un manicomio modelo, resulta que en las novelas, los emperadores, los reyes, los príncipes etc. son generosos, afables, de humano corazón; pero en la historia no son mas que emperadores, reyes, príncipes, etc.

Regla general: en la novela terminan las cosas como quiere su autor, en la historia como han sido realmente.

JOSÉ CASTREÑO.

## LA NIÑA PERDIDA.

### CAPÍTULO I.

Hace algunos años habia no lejos del rio, al Este de Londres, una antigua casa aislada, ocupada por un caballero de una mediana edad, llamado Gudgeons. Este caballero era secretario de una compañía pública de gas ó de seguros marítimos y no daba á nadie, ni aun al presidente y al consejo de directores de la sociedad, tanta importancia como á sí mismo. Sabia de todo, ó por lo menos creia saberlo y estaba preparado para cualquier evento ó cuando menos se figuraba estarlo. Tenia asegurada su vida en la compañía mas antigua y segura y su propiedad en otra no menos antigua y acre-



ditada; se surtía del mejor carnicero, del mejor lonjista y del mejor panadero y sabía los nombres y señas de los mejores médicos para toda clase de enfermedades; además se hallaba siempre provisto de una caja con los mejores medicamentos de la mejor botica y tenía en su bodega los mejores vinos comprados á los primeros comerciantes en este género. Sus criados estaban escogidos cuidadosamente y un registro ámplio y exacto conservaba la relación de su carácter y conducta desde un principio. Su plata labrada se guardaba todas las noches en un gran cofre de hierro que había en su misma alcoba; sus armas de fuego estaban

siempre bien cargadas y al alcance de su mano en un sitio seguro y las entradas de su habitación estaban provistas con un gran número de los mejores aparatos para hacer ruido. ¿Qué accidentes, enfermedades ó crímenes podría temer Mr. Gudgeons?

Su familia estaba compuesta de una esposa tierna y tranquila, de una habilidad no muy grande, y de tres hijos; una niña de pecho de once meses y dos niños uno de siete y otro de ocho años. Respecto al gobierno de esta familia tenía nociones particulares sobre su educación; consideraba la historia como un grande error principalmente cuando se refería á una

época mas atrás de cuarenta ó cincuenta años. Ningun hombre, según él, debía embarazar su imaginación con nada excepto lo perteneciente al tiempo y á la sociedad en que vivía; la batalla de Waterloo era la última cuestión decisiva del mundo; ir mas allá de esta, era infructuoso y exigía al maestro de escuela de sus dos hijos, que no pasara de esta época. Además de examinar los adelantos que sus dos hijos habían hecho durante el día, acostumbraba á enseñarlos algo por la noche. Llevaba algunos libros de asientos de la oficina y Tomás el menor y Harry el mayor, recibían lecciones desde su mas tierna infancia, acerca de la población, im-



La Niña perdida.—El hijo mayor de Muzzle lleva la niña á su casa. (Véase el cap. III.)

portaciones, esportaciones, bancos, sociedades de crédito y estadística del crimen.

—Papá, preguntó una vez el hijo menor durante una de estas enojosas esplicaciones, ¿quién era el duque de Monmouth?

—Sí, papá añadió el menor, alentado por el ejemplo de su hermano ¿y quién era Perkin Warbeck?

La primera pregunta era bastante impertinente pero la segunda era infinitamente peor. Mr. Gudgeons no estaba preparado con un conocimiento preciso relativamente á estos dos personajes históricos, y por lo tanto, los niños fueron reprendidos por su necia curiosidad y enviados á la cama.

Si Mr. Gudgeons tenía ciertas preocupaciones respecto á la historia antigua su aversión á las novelas rayaba en horror. Novelas, decía, ¿quién las escribe? ¿qué disparate! ¿Las hacen acaso, presidentes directores ó secretarios de compañías públicas?

Sin embargo era imposible librar á los niños del deseo de conocer el Robinson Crusoe y Sinbad el marino y como los libros que contenían las historias interesantes de estos individuos estaban cuidadosamente desterrados de la casa, se vieron obligados á regalar á su apetito natural por lo maravilloso, con el alimento mas cuestionable.

Mr. Gudgeons pasaba casualmente una tarde por delante de la puerta del cuarto de los niños, cuando oyó leer en alta voz á la niñera Sara Finch. La curiosidad le movió á escuchar y después á mirar por el agujero de la cerradura y vió á sus dos hijos sentados con la boca abierta al lado de la criada encantados con el interés de la narración que los leía.

—«Jamás, exclamó el conde con voz de trueno, decía Sara leyendo en el libro, jamás, y desenvainando su daga estaba á punto de hundirla en el pecho de la desgraciada condesa, cuando la vieja hechicera de la floresta pareció penetrar por la muralla y antes que el culpable conde pudiera volver en sí fue derribado al suelo mientras que la condesa y la vieja desaparecían juntas.»

Mr. Gudgeons después de oír esto se fué á la sala en donde se hallaba su mujer é hizo llamar á Sara Finch y á los dos niños; pocos momentos, después se presentaron los tres, pero no sin un presentimiento respecto á la causa de su llamada.

—¡Muy bien! dijo Mr. Gudgeons, en un tono en el que se mezclaba la autoridad con el sarcasmo, con que el conde gritó: ¡jamás! con voz de trueno y estaba á punto de hundir su daga en el pecho de la condesa cuando apareció la vieja de la floresta?

—Perdonadme, señor, dijo Sara, yo leía únicamente para entretener á los niños.

—¿Y suponeis que mis hijos pueden entretenerse con tal cúmulo de cosas tan absurdas como estas? ¿He dicho yo alguna vez «jamás» con voz de trueno ó he desenvainado alguna daga para clavarla en el pecho de mi mujer? ¿Dónde está ese libro tan disparatado?

El libro fue traído y se vió que era una antigua novela llamada *El solitario de la floresta*, impreso en un papel muy malo, que estaba manchado y con una pasta muy ordinaria.

—Ahora, Sara Finch, dijo Mr. Gudgeons con mucha solemnidad cogiendo el libro, debo destruir este necio volumen de majaderías, y si os hallo otra vez entregada á la lectura de tales libros, ó sé que los traeis á casa para leerse los á mis hijos, me veré obligado á quitaros el cargo que hoy tenéis: ya podeis retiraros, y vosotros, Tomás y Harri, idos á la cama.

Sara Finch se volvió á su cuarto muy disgustada por la pérdida del libro y los niños se fueron á la cama.

El cuarto que tenían los niños en la casa de Mr. Gudgeons era una habitación en el mismo piso que la sala, pero separada del resto de la casa. Debajo había otra habitación empleada como despensa ó depósito de muebles viejos; ambos cuartos pertenecían evidentemente á



una casa mucho mas antigua que aquella á que habia sido unida formando un conjunto bien poco armonioso. La despensa estaba llena de muebles antiguos y desfigurada con tablas colocadas para contener los comestibles, y otros artículos. El cuarto de los niños habia sido muy poco alterado ó adornado y conservaba su aspecto antiguo con su artesonado de madera de encina ennegrecida. Este cuarto tenia un techo alto y de color oscuro, una chimenea, en la que un hombre por elevada que fuese su estatura podria estar derecho, cargada de adornos en la madera que tenia á ambos lados y sobre la piedra de encima que se hallaba casi negra por el humo y el tiempo, una ventana que daba al jardín, en el cual á unas diez varas de la ventana habia un antiguo olmo cuyo tronco ancho y elevado aumentaba la sombría apariencia de la habitacion y de la despensa, que estaba debajo. Las grandes ramas de este árbol se extendian en todas direcciones, algunas pasaban cerca del tejado de la casa principal, y otras sobre el de la parte antigua que estaba separada. La habitacion de los niños estaba apenas amueblada porque servia de día para que jugaran y de noche para alcoba de Sara Finch. Su cama se hallaba en una especie de armario que habia á la derecha de la puerta y cerca de la pared del jardín. En el otro ángulo, tambien á la derecha de la puerta habia otra especie de armario que no contenia mas que la ropa de Sara Finch. Estas especies de armarios tenian puertas para cerrarse, pero las del que contenia la cama de Sara habian sido quitadas poniendo cortinas en su lugar.

Sara Finch era una mujer de unos treinta años, algo gruesa, considerada como fiel y formal, vacunada, sin propension alguna á la locura; ni al humor escrofuloso, amante de los niños, nacida cerca de Cambridge, huérfana de padre pero con madre aun; habia estado ya en otras dos casas, habiendo permanecido seis años en una y tres en otra y gozado de la consideracion de sus amos y hacia ya cuatro años que estaba con la familia de Mr. Gudgeons. Tales eran las noticias respecto á ella, que contenia el libro de notas de los criados que llevaba su amo; cada nota estaba escrita en una columna separada y el todo firmado «Sara Finch» con una letra algo parecida á la que

tendria una persona que escribiese mientras la atormentasen.

Sara Finch se recogia á las diez y media, á cuya hora pasaba mistriss Gudgeons para ver si las luces estaban bien apagadas. Las obligaciones de Sara se habian aumentado durante la última quincena por el encargo de quitar el pecho á Isabel Gudgeons que no tenia mas que once meses. Esta tarea la quitaba el reposo no dejándola dormir de un modo seguido, pero al mismo tiempo la proporcionaba compañía como una especie de compensacion. Se habia quejado á su amo (su señora tenia poca autoridad en la direccion de la casa), respecto al color sombrío que tenia su alcoba y sus quejas habian sido escuchadas con el desden que merecian. Su peticion de que enviaran á dormir á su cuarto á

la cocinera ó á la doncella no la fue concedida en razon á que el hueco del armario era demasiado estrecho para contener dos camas y la habitacion era necesaria para que jugaran los niños durante el día. Cualquiera timidez nerviosa que Sara manifestase era bien pronto combatida por la clase de entendimiento práctico y frio de Mr. Gudgeons.

Miss Isabel Gudgeons llevó con mucha paciencia el que la quitaran el pecho. Dormia en una cuna de acero que estaba en el mismo hueco al lado de la cama de Sara. La acostaban á eso de las siete de la tarde despues de haberla dado leche con una botella, y no se la volvia á oír hasta las dos de la madrugada en que se despertaba para tomar de nuevo alimento. Sara Finch tenia un sueño pesado, y se necesitaba que la niña llorase mucho para que pudiera despertarla.

Al día siguiente á aquel en que habia pasado el suceso del libro, se despertó Sara á las siete de la mañana; era un día de noviembre y comenzaba entonces á amanecer. Frotándose los ojos miró á la cuna en que dormia la niña, y no viéndola claramente en ella se los frotó de nuevo para ver dónde estaba; dirigió la mano hácia la cabecera de su cama, y encontró la botella envuelta en una bayeta para conservar el calor; estaba intacta. Saltó de la cama, miró debajo de ella, alrededor de la especie de armario en que estaba, luego en el cuarto y en el otro armario, y por último se dirigió á la puerta para ver si estaba cerrada como habia quedado cuando la noche anterior habia salido mistriss Gudgeons.

Sara Finch no era de carácter duro ni muy supersticiosa, pero bajo las circunstancias penosas y estrañas en que se hallaba, se condujo con una serenidad laudable. Se echó apresuradamente un vestido, y en un traje algo fantático, se dirigió llena de una inquietud nerviosa á la alcoba de Mr. Gudgeons y de su mujer: Al



Glorias españolas.—Hazaña del alférez Juan Volante en Méjico.



Glorias españolas.—La batalla de Otumba.



llamar en la puerta fue contestada por Mr. Gudgeons que era bastante madrugador, y que apareció con la barba bañada de jabón para afeitarse.

—¿Qué ocurre? la dijo.

—¿Está aquí la niña, señor? dijo Sara sin aliento.

—No por cierto, la contestó este al momento.

—Entonces se ha perdido señor, se ha perdido; estoy tan segura de ello como de estar aquí, dijo la desolada niñera; ha sido robada por la noche y sacada de mi cuarto. Os lo digo señor, jamás me gustó mi cuarto. ¡Gran Dios! Aquí Sara Finch se tomó la libertad de desmayarse precisamente cuando Mr. Gudgeons y su mujer estaban á punto de confundirla con una infinidad de ansiosas preguntas.

Toda la casa se alarmó bien pronto y Mr. Gudgeons dejando á Sara al cuidado de la doncella se dirigió á la habitación donde dormía la niña, y á la que su mujer había ido antes que él.

—¿He de creer yo, dijo Mr. Gudgeons, después de examinar las maderas de la ventana y de mirar alrededor del cuarto, que los ladrones entran en mi casa sin mas objeto que robar una niña de pecho?

—Los niños de pecho no pueden marcharse sino los llevan, dijo mistress Gudgeons sollozando. ¡Ojalá pudiera volver á ver á mi querida hija en su cuna!

Mr. Gudgeons era un hombre de decisión, y no estuvo mucho tiempo sumergido en un dolor inactivo. Santiago, le dijo al jardinero y criado general, que se había unido á la cocinera, dejó á Sara á vuestro cuidado. Jane, dijo á la cocinera, haced venir un coche.

El coche fue mandado venir y Mr. Gudgeons se marchó en él. Mr. Gudgeons no creía en la supremacía mas que cuando estaba bien informado y no de otro modo. Si su mujer se hubiera roto una pierna, hubiera enviado á llamar á sir Lambert Daniel, el célebre cirujano; pero como su hija le había sido robada, se dirigió á la célebre oficina de Investigación secreta de monseñores Meadows y Winks.

(Se continuará.)

HOLLINGSHEAD.

## GLORIAS ESPAÑOLAS.

### LA BATALLA DE OTUMBA.

Cuando las armas españolas comandadas por Hernán Cortés desamparaban el territorio mejicano y eran derrotadas en la calzada de Tlacopan, durante aquella memorable noche que en recuerdo de sus horrores recibió el nombre de *noche triste*; parecía imposible que á los pocos días de la derrota alcanzasen la victoria mas completa que recuerdan los anales del Nuevo Mundo. Y esto que Cortés contaba con 150 españoles menos, los cuales habían sido degollados por los mejicanos, y no tenía el apoyo de 4,000 indios de los que seguían sus banderas, por haber igualmente perecido en la *noche triste*. Sin embargo, aun durante su retirada, le acompañaba su buena estrella, pues de lo contrario, no hubiera sobrevivido un español que pudiese referir la sangrienta batalla de Otumba. Hé aquí cómo la describe uno de los historiadores mas célebres de la conquista de Méjico:

Ibase continuando la marcha, prevenidos ya y dispuestos los ánimos para entrar en nueva ocasión, cuando volvieron los batidores con noticia de que tenían ocupado los enemigos todo el valle que se descubría desde la cumbre, cerrando el camino que se buscaba con formidable número de guerreros. Reconocieron por la mañana, según la presunción que se ajusta mas con las circunstancias del suceso, la retirada intempestiva de los españoles, y aunque no desconfiaron de conseguir el alcance, temieron advertidamente, con la experiencia de aquella noche, que no sería posible acabar con ellos antes de salir á tierra de Tlascalala, si se iban asegurando en los puestos ventajosos de la montaña, y despacharon á Méjico

para que se tomase con mayores veras lo que tanto importaba, cuya proposición fue tan bien admitida en la ciudad, que partió luego toda la nobleza con el resto de las milicias que tenían convocadas á incorporarse con su ejército, y en el breve plazo de tres ó cuatro días se dividieron por caminos diferentes, marchando al abrigo de los montes con tanta celeridad, que se adelantaron á los españoles y ocuparon el llano de Otumba: campaña espaciosa donde podían pelear sin embarazarse y esperar encubiertos: notables advertencias en lo discurrido, y rara ejecución de lo resuelto, que uno y otro se pudiera envidiar en cabos de mayor experiencia, y en gente de menos bárbara disciplina.

No se llegó á recelar entonces que fuesen los mejicanos, antes se iba creyendo al subir la cuesta que se habrían juntado aquellas tropas que andaban esparcidas para defender algún paso con la inconstancia y flojedad que solían; pero al vencer la cumbre se descubrió un ejército poderoso de menos confusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista: último esfuerzo del poder mejicano, que se componía de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separación de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la multitud el capitán general del imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos le mantenían superior á todos, para que se temiese al obedecer sus órdenes la presencia de los ojos. Traía levantado sobre la cabeza el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podía sacar en las ocasiones de mayor empeño: su forma una red de oro macizo pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes, que uno y otro contendría su misterio de superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores: vistosa confusión de armas y penachos en que tenían su hermosura los horrores.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad á que debían preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernán Cortés á examinar los semblantes de los suyos, con aquel brío natural que hablaba sin voz á los corazones; y hallándolos mas cerca de la ira que de la turbación, «llegó el caso, dijo, de morir ó vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros.» Y no pudo proseguir, porque, los mismos soldados le interrumpieron clamando por la orden de acometer, con que solo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedía la ocasión; apellidando, como solía, unas veces á Santiago y otras á San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadrón, para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadas.

Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda para sitiarse por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de sangre mejicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con elección buscando primero á los que parecían capitanes; pero los indios peleaban con obstinación, acudiendo menos unidos que apretados, á llenar el puesto de los que morían; y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase al parecer todo el ejército cuando cerraban los caballos ó salían á la vanguardia las bocas de fuego, y volvía con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido, moviéndose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecía un mar proceloso de gen-

te la campaña, y no lo desmentían los flujos y reflujos.

Peleaba Hernán Cortés á caballo socorriendo con su tropa los mayores aprietos, y llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo; pero le traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operación; y discurriendo en los partidos que podría tomar para mejorarse ó salir al camino le socorrió en esta congoja una observación de las que solía depositar en su cuidado para servirse de ellas en la ocasión. Acordóse de haber oído referir á los mejicanos que toda la suma de sus batallas consistía en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidía sus victorias ó la de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponía el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolución de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente, que ya conocía. Llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila para que le siguiesen y guardasen las espaldas, con los demás que asistían á su persona; y haciéndoles una breve advertencia de lo que debían obrar para conseguir el intento, embistieron á poco mas de media rienda por la parte que parecía mas flaca ó menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo como solían, el choque de los caballos; y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al paraje donde asistía el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia, y entre tanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernán Cortés, y cerró con el capitán general de los mejicanos que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habíanle ya desamparado los suyos; y hallándose cerca un soldado particular que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba con el estandarte que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haber perfeccionado entonces la hazaña de su capitán, le hizo algunas mercedes el emperador, y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte.

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demás insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército. Corrieron espavoridos á guarecerse de los bosques y maizales: cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba desacerlos para que no se volviesen á juntar; y mandaba la irritación lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascalala dos ó tres españoles, y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento, que abollando las armas le rompió la primera túnica del cerebro, y fue mayor el daño de la contusión. Dejose á los soldados el despojo y fue considerable, porque los mejicanos venían prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieron veinte mil en esta batalla; siempre se habla por mayor en semejantes casos; y quien se persuadiere á que pasaba de doscientos mil hombres el ejército vencido, hallará menos disonancia en la desproporción del primer número.

Tal fue la batalla de Otumba, cuyo renombre durará mientras exista memoria de los pueblos que en ella combatieron. Pero no fue esta la única gloria que alcanzaron los españoles en el Nuevo Mundo. Desde el desembarco de Hernán Cortés hasta la memorable hazaña del al-



férez Juan Volante, desde la reducción de Cholula hasta la completa dominación de México, el período de la conquista fue un largo episodio de combates y victorias, de peligros y laureles.

### EL GUSANO DE LAS HOJAS.

La semejanza que existe entre los insectos y otros objetos de la naturaleza, particularmente aquellos que pertenecen al reino animal, es á veces muy extraordinaria. Algunos gusanos que se agarran con las patas á la planta que los sirve de alimento, son bastante semejantes á los brotes de las mismas plantas, pues su color favorece mucho la ilusión. El insecto llamado cochinilla fue considerado como una semilla, hasta que en 1530 el naturalista español Acosta que le examinó cuidadosamente, manifestó su verdadero carácter. Este error subsistió mucho tiempo después entre las personas dedicadas á su comercio.

Uno de los ejemplos mas notables de esta extraña semejanza, es el gusano de las hojas (*phylloxera scythæ*) cuya igualdad con ellas ha dado origen á su nombre. Sus huevos tambien son muy parecidos á una semilla.

El gusano de las hojas pertenece al género de los ortópteros que, como por ejemplo las langostas, no hacen los huevos como los gusanos, sino que aparecerían haber llegado á un estado ya perfecto, si la ausencia de las alas y otros indicios, no sugiriese la opinión contraria. No se presentan nunca dormidos, sino que después de haber variado de piel un número de veces determinado, aparecen las alas.

El insecto de las hojas sale del huevo, rompiendo la cáscara; primero aparece la mitad del cuerpo; la cabeza y la cola que están encontradas, salen después unidas; las alas son las últimas que aparecen. Entonces tienen las tres cuartas partes de una pulgada de longitud, su color es un amarillo que tira á encarnado. Cuando una vez se ha fijado en las hojas que han de alimentarle, como las del mirto común, adquiere muy pronto un verde brillante y apenas puede distinguirse de una hoja. El error se aumenta aun mas, por la costumbre de enroscarse su cola hacia arriba, haciendo que esta curva le asemeje muchísimo á la extremidad de la hoja de mirto. La parte superior del insecto es de un verde opaco, pero la inferior es sumamente clara y brillante. Se adhiere al revés de la hoja, de manera que la superficie brillante es la que queda arriba; cosa que sirve mucho para aumentar esta semejanza que le hace tan notable. El insecto está constituido para llevar esta vida con las patas hacia arriba, con comodidad, porque tiene garras y una especie de esponja entre ellas que segrega una sustancia viscosa que hace que se adhiera á la hoja.

En este estado el gusano está sin alas aun; las antenas tienen entonces la forma de las de una hembra, bien vaya el insecto á ser macho ó hembra en lo sucesivo; las patas son como las de los machos; una pequeña protuberancia indica el sitio de las alas que ha de tener después.

El gusano sufre cuatro mudas ó *ecdyses*, como se llaman técnicamente. La primera muda se verifica diez meses después de haber salido del huevo; durante este tiempo, tiene un pequeño aumento en tamaño; después de esta muda, su apariencia se cambia en un grado muy pequeño. El abdomen es un poco mas ancho que antes, y la protuberancia en el punto donde ha de tener después las alas, está mas marcada. El nudo tercero de las antenas crece tambien en longitud. La segunda muda se verifica tres meses después de la primera; las alas aparecen entonces, pero de un tamaño pequeño. Las junturas de las antenas en el macho, manifiestan indicios marcados de división. Una variedad de esta especie devora la piel de su segunda muda. Este insecto, cuyo alimento es exclusivamente vegetal, se aparta de su costumbre en esto de un modo raro, á no ser que

el gusano no solamente se parezca á las hojas, sino que además tenga el mismo sabor que ellas. La tercera y última muda tiene lugar dos meses después de la segunda. Un día ó dos antes de cada muda tiene una vivacidad inusitada y mueve mucho su cuerpo, mientras que sus patas están firmemente agarradas á la hoja. Entonces toma un color gris causado indudablemente por el acto de la muda.

Después de la última muda el insecto llega rápidamente á su perfecto desarrollo; después de las dos primeras mudas su color es un verde esmeralda, pero luego tiene un poco de amarillo en sus costados; cuando pone los huevos llega á ser parduzco y pasa por todos los tonos de color de una hoja que se seca. No hay una gran diferencia entre el macho y la hembra; el primero tiene dos pulgadas y tres cuartos de largo y la segunda tres pulgadas y media; en el macho las antenas son de una pulgada y un cuarto de largas y están compuestas de veinte y cuatro partes unidas, trece de las cuales son mas pequeñas y de distinta forma de las once restantes; las antenas de la hembra no tienen mas que una octava parte de una pulgada de longitud y están formadas de nueve partes, un tercio de las cuales es mucho mas grueso que el resto. El débil aparato de sus patas es mucho mas ancho en la hembra que en el macho; el abdomen es mucho mas áplio en la hembra y está colocado de un modo particular en vez de presentar ese paralelismo que se advierte en las extremidades abdominales del macho.

El país propio de estos gusanos es la India, y requieren una atmósfera siempre benigna, por lo cual no podrían vivir en nuestras latitudes sujetas á tantos cambios, á menos que no fuera en invernaderos. Nuestro grabado da una idea exacta de este insecto, y ha sido dibujado por un viajero que estuvo en la India.

### EL DIAMANTE.

Todo el mundo sabe el precio que se da en general al diamante; su dureza, su brillo, su fuerza de refracción que descompone la luz, los reflejos en haces de mil colores, le han hecho muy estimado en todos tiempos y le pondrán siempre en primer lugar entre las piedras que se usan en la joyería. Se aprecia sobre todo, el que es perfectamente limpio y pierde mucho de su valor cuando tiene algun tinte amarillo, lo cual sucede con frecuencia. Solo cuando los colores son francos y vivos, recobra todo su valor y aun á veces le aumenta.

Hasta fines del siglo XV no se usaban los diamantes brutos; los mas estimados eran entonces los que presentaban naturalmente una forma piramidal. En 1476 descubrió Luis de Berquem el arte de tallar esta piedra por medio de su propio polvo, y solo entonces se conoció toda su hermosura. Se ha tallado el diamante de diferentes maneras, pero poco á poco se ha ido abandonando la mayor parte de las formas imaginadas, y hoy solo se usan la talla en rosa, para las piedras planas, y la talla en brillantes para las piedras gruesas.

El diamante tiene siempre un precio muy alto, pero varia siempre segun el tamaño, uniformidad de color y talla. Los de colores oscuros y poco á propósito para ser tallados, se destinan para hacer polvo, y su precio es de 112 á 113 reales por quilate. Los destinados á tallarse, se venden, si su precio no escende, el quilate por 180 reales, aumentando extraordinariamente de valor, segun escende de 2, 4, 8, 10, 12 quilates, etc. Los diamantes rosa, valen menos que los brillantes, cuyo precio siendo un quilate, varia desde 800 á 900 reales, á 1,400 y 1,300.

Muy raros son los diamantes de bastante grueso, y entre los conocidos, los mayores y mas celebrados, son el de Agrag, cuyo peso es de 475 quilates; el de Radja de Matun en Borneo, cuyo peso es de 300 quilates; el del emperador del Mogol que pesa 279 quilates, se parece á un huevo cortado por medio, y es-

tá evaluado por Tavernier en unos 44.000,000 de reales; el de Catalina, emperatriz de Rusia, del grueso de un huevo de paloma, pesa 193 quilates, y costó unos 8.000,000 y  $\frac{1}{2}$  de reales, y cerca de 380,000 de pensión vitalicia; el del emperador de Austria, cuyo color es algo amarillo, el peso 139 quilates, y está evaluado en mas de 9.000,000 y  $\frac{1}{2}$  de reales; y el perteneciente á la Francia, conocido con el nombre de regente por haber sido comprado durante la regencia del duque de Orleans, en mas de 8.000,000  $\frac{1}{2}$  de reales. A estos deben añadirse el Sancy, el del Gran Duque de Toscana, el Montaña de Luz, y la Estrella del Sur. El diamante regente es reputado como el mejor de los conocidos en Europa, mas que por su peso, por su figura y hermoso destello de luz; está evaluado en mas del doble de su coste, pesaba 410 quilates en bruto, y el trabajo de su talla duró dos años. Todos los diamantes referidos proceden de la India, y entre los del Brasil, el mayor conocido, perteneciente á la corona de Portugal, que conserva aun (por no haber sido tallado) su forma octaedra natural, pesa, segun unos autores, 120 quilates, y segun otros 96 solamente, y  $\frac{3}{6}$  de quilate.

La estremada dureza del diamante le hace tambien emplear en las artes; con él se hacen taladros que sirven para agujerear las piedras, y una especie de buriles para grabarlas. Los vidrieros le usan habitualmente para cortar el vidrio y para esto emplean el diamante cristalizado de aristas curvilineas; pero segun las justas observaciones de Wollaston, el principal mérito de la piedra en este caso, es mas bien su forma curvilinea que su dureza; los diamantes tallados ó de aristas muy vivas, no hacen mas que rayar el vidrio sin cortarle; por el contrario, todas las sustancias capaces de rayar el vidrio adquieren la propiedad de cortarle, cuando se tallan en facetas convexas y con aristas curvilineas.

### NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

Entre los libros publicados últimamente por la casa de Hachette, de París, merecen citarse no pocos de una utilidad práctica muy reconocida. Hé aquí los mas notables: *Diccionario universal de los contemporáneos*, conteniendo la biografía de todas las personas notables y personajes distinguidos de España, Francia y demás países, redactadas por Mr. Vapereau (1 vol. 25 fr.); *El año histórico* por J. Zeller (3 vol. á 3 fr. 50); *El año literario y dramático* ó revista anual de las principales producciones de la literatura, á saber: poesías, novelas, teatro, crítica, estudios históricos, ciencias morales y política, filología, e c., etc., por G. Vapereau (3 vol. á 3 fr. 50); *Itinerario general de la Francia*, por Ad. Joanne, conteniendo la red de ferro-carriles de París á Lyon y al Mediterráneo, con mapas, planos de ciudades y panoramas. Las publicaciones de monsieur Hachette se dan á conocer por su elegante impresión, su baratura y su tendencia á facilitar los conocimientos científicos, literarios y de viajes á todos los lectores de los diversos países del mundo.

El señor director general de instrucción pública piensa en efecto, segun parece, en que á la expedición española á las aguas del Pacífico se agregue una comisión científica para hacer estudios y observaciones, explorar las costas, los diversos reinos de la naturaleza y los usos y costumbres de los primitivos indígenas. Se asegura que entre los jóvenes profesores y especialidades de diversos ramos que tienen probabilidades de ser designados entre los de las facultades de las universidades del reino, se cuentan para los estudios botánicos, zoológicos y astronómicos, á los señores Isern, Espada y Novellas, que para bien de la ciencia deberían obtener semejante distinción, sobre todo si las referidas comisiones se dotan, como es de su-





El gusano de las hojas. (Phyllium Scythe.)

poner cual requieren sus peligros y su importancia científica.

Así como en todas las tiendas y almacenes europeos se sirven de papeles impresos para envolver los géneros que despachan, en China sucede todo lo contrario. Allí recorren las calles bonzos piadosos recogiendo cuantos pedazos de papeles encuentran por el suelo para quemarlos, temerosos de que sean profanados y empleados en servicios indecorosos.

Con motivo de las recientes quejas que han dado algunas personas acerca de las preciosas y acertadas innovaciones hechas en el Jardín Botánico, parece que para su comodidad se mandarán cubrir de toldos á la veneciana sus caminos, paseos y plazoletas; recorriéndolos airoso valencianos que con voz argentina pregonarán sus refrescos.

#### REFRANES HIGIÉNICOS.

De las aves que alzan el rabo,—la peor es el jarro.

La perdiz es perdida,—si caliente no es comida.

No hay manjar que no empalague,—ni vicio que no enfade.

Cuando comieres pan reciente,—no bebas de la fuente.

Salud y alegría, belleza cria;—atavío y afeitte, cuesta caro y miente.

#### ANÉCDOTAS.

Decía muy á menudo el Gran Capitan aquella famosa sentencia de Platon: El que quisiere ser rico no ha de allegar moneda, sino disminuir su codicia.

Vendiendo un soldado su caballo, preguntó-le el Gran capitan que por qué le vendia. Respondió que porque huía de las armas. Dijo el Gran Capitan: Estráñame le vendais por la cosa que yo pensé que le habíais comprado.

Un portugués y un castellano trocaron una

mula por otra, sin que volviese el uno al otro cosa alguna, y con las tachas que cada una tuviese. Hecho el cambio, queriendo el castellano burlarse con el portugués, fingiendo decir verdad, contó muchas tachas que tenia la mu'a que le habia dado; de que el castellano hubo callado, respondió el portugués: De esta manera fazo conta que llevo la mia.

#### ESPLICACION

DEL AGEDREZ POÉTICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El fuego que prende en paja  
ó en un duro y seco leño,  
si al principio no se ataja  
quema la casa y el dueño.

Es muy insensato y loco  
el que no previene el daño:  
vale mas sufrir un poco  
que sufrir con desengaño.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR,  
editor responsable.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31, Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.